por «Puerta de san Dionisio», había dado á aquella cavidad negra, sombría y húmeda el nombre de *Trou-aux Rats*. Explicación menos sublime tal vez que la otra, pero en cambio más pintoresca.

III

Historia de una torta de maíz

En la época en que pasa esta historia, estaba ocupada la celda de la Torre-Roland. Si el lector desea saber por quién, tómese el trabajo de escuchar la conversación de tres buenas mujeres que, en el momento en que hemos fijado su atención en el Trou-aux-Rats, se dirigían precisamente por el mismo lado, subiendo hacia el Chatelet por la Gréve á lo largo de la orilla del río. El traje de dos de estas mujeres era el ordinario de las vecinas de París: sus finas golas blancas, sus sayas de tiritaña listada de encarnado y azul, sus medias sin un pliegue, de hilo blanco con cuadrados de color, sus zapatos de cuero y de ancha punta con suelas negras, y sobre todo sus gorros, aquella especie de cuernos de relumbrón recargados de cintas y de encajes que las champañesas usan todavía, émulas de los granaderos de la guardia imperial rusa, anunciaban que pertenecían á aquella clase de comerciantas ricas, que son un justo medio entre lo que los lacayos llaman «una mujer», y lo que llaman «una señora». No llevaban sortijas ni cruces en el pecho; pero fácil era conocer que no lo hacían por pobreza, sino lisa y llanamente por temor de la multa. Su compañera estaba ataviada poco más ó menos del mismo modo; pero había en su tocado y sobre todo en su porte, un no sé qué que olía á mujer de notario de provincia. Conocíase por el modo con que la subía prendido el cinturón por uno de los costados, que era forastera en París; añádese á esto que llevaba una gola rizada, lazos en los zapatos, que las rayas de su saya eran horizontales y no verticales, y otras mil enormidades de que se indignaba el buen gusto.

Caminaban las dos primeras con aquel paso peculiar á las parisienses que enseña su París á las forasteras. La provincial llevaba de la mano un chicuelo muy gordo, que llevaba en la suya una gran torta.

Sentimos tener que añadir, que, atendido el rigor de la estación, la lengua le servía de pañuelo.

Hacíase arrastrar el muchacho *non pasibus æquis*, como dice Virgilio, y tropezaba á cada instante con grande enojo de su madre. Verdad es que miraba más á la torta que al suelo; y sin duda algún grave motivo le impedía hincarla el diente (á la torta) por lo que se limitaba á examinarla con ternura. Pero la madre hubiera debido encargarse de la torta; era una crueldad convertir en Tántalo al rechoncho pequeñuelo.

Entre tanto las tres señoritas (porque el nombre de señoras estaba entonces reservado sólo para las mujeres nobles) hablaban á la vez.

—Despachemos, señorita Mahiette,—decía la más joven de las tres, que era también la más gruesa, á la provincial.—Mucho me temo que vamos á llegar tarde; nos dijeron en el Chatelet que al instante le iban á llevar á la picota.

—Ah, bah! qué estáis diciendo, señorita Oudarde Musnier?—repuso la otra parisiense.—Tiene que estar dos horas en la picota, con que nos queda tiempo. Habéis visto alguna vez sacar á la vergüenza, amiga Mahiette?

—Sí,—dijo la provincial,—en Reims.

—Ah, bah! y qué es vuestra picota de Reims? Una

miserable jaula donde no se da tormento más que á patanes. Vaya una cosa!

—Qué! patanes,—dijo Mahiette,—en el mercado de los paños? Pues habéis de saber que hemos visto muy grandes criminales, y que habían matado padre y madre! Patanes! por quién nos tomáis, Gervasia?

Es seguro que la provincial estaba á punto de amostazarse seriamente por el honor de su picota. Por fortuna la discreta Oudarde Musnier mudó á tiempo de conversación.

—A propósito, señorita Mahiette, qué decís de nuestros embajadores flamencos? Habéis visto otros tan majos en Reims?

—Confieso,—respondió Mahiette,—que no hay otro París para ver flamencos como aquellos.

—Habéis visto en la embajada aquel embajador tan alto que es calcetero?—preguntó Oudarde.

—Sí,—dijo Mahiette;—parece un Saturno.

—Y aquel gordo que tenía la cara como una barriga desnuda?—repuso Gervasia.—Y aquel rebajuelo que tenía unos ojitos bordados de un párpado colorado, festoneado y andrajoso como cabeza de cardo?

—Los caballos sí que eran de ver,—dijo Oudarde, —vestidos como iban á la moda de su país!

—Ay amiga!—interrumpió la provincial Mahiette, tomando á su vez cierto aire de superioridad;—pues qué diríais si hubierais visto en 61, en la consagración de Reims, hace dieciocho años, los caballos de los príncipes y del acompañamiento del rey? Jaeces y caparazones de toda especie; unos de paño de damasco, de paño fino de oro, forrados de martas cebelinas; otros de terciopelo, forrados de cuchillos de armiño; otros recamados de rica argentería y de campanillas de oro y de plata! Y el dinero que costó todo aquello! y los pajecitos tan bonitos que iban encima!

—Eso no impide,—respondió secamente la señorita

Oudarde,—que los flamencos tengan unos caballos muy hermosos, y que han tenido una cena opípara en casa del señor preboste de los mercaderes, en la casa de la ciudad, en que les han servido confites, hipocrás, especias y otras singularidades.

—Que estás diciendo, vecina!—exclamó Gervasia: —en el palacio del señor cardenal, en el pequeño Borbón es donde han cenado los flamencos.

—No: en la casa de la ciudad.

—Sí: en el pequeño Borbón.

—Tan ha sido en la casa de la ciudad,—repuso Oudarde con acrimonía,—que el doctor Scourable les ha hecho una arenga en latín, de que han quedado muy satisfechos. Mi marido, que es librero jurado, es quien me lo ha dicho.

—Tan ha sido en el pequeño Borbón,—respondió Gervasia no menos acalorada,—que voy á decir lo que les ha presentado el procurador del señor Cardenal: doce dobles cuartillos de hipocrás blanco, clarete y tinto: veinticuatro canastillas de mazapán doble de León, dorado; otras tantas cajas de dos libras por pieza; y seis medias pipas de vino de Beaune, blanco y clarete, del mejor que se ha podido hallar. Supongo que no habrá duda en esto; lo sé por mi marido que es cincuentenero en el Parloir aux Bourgeois, y comparaba esta mañana á los embajadores flamencos con los del Preste Juan y el emperador de Trebisonda, que vinieron de Mesopotamia á París en tiempo del último rey y que traían pendientes en las orejas.

—Tan cierto es que cenaron en la casa de la ciudad, —replicó Oudarde poco impresionada por aquella facundia,—cuanto no se ha visto jamás una abundancia tal de viandas y de confites.

—Pues yo digo que fueron servidos por le Sec, alabardero de la ciudad, en el palacio del pequeño Borbón, y en esto estáis equivocada.

—Repito que fué en la casa de la ciudad!

—En el pequeño Borbón, por amor de Dios! en el pequeño Borbón! Como que estaba iluminada con candilejas mágicas la palabra «Esperanza» que está escrita sobre el pórtico.

—En la casa de la ciudad! en la casa de la ciudad! Lo mismo que Husson-le-Voir tocaba la flauta.

—Os digo que no.

—Os digo que sí.

—Os digo que no.

Preparábase ya á replicar la corpulenta Oudarde, y acaso de la disputa se hubieran resentido los gorros, si no hubiera exclamado Mahiette repentinamente: —Mirad aquel gentío que se reune allá abajo en la cabeza del puente! Rodean alguna cosa que están mirando.

—Sí,—dijo Gervasia,—oigo un tamboril: será la Esmeralda que hace sus juegos con su cabrita. Ea, ea, apretemos el paso, Mahiette, y tirad de ese chiquillo: habéis venido para ver todas las curiosidades de París. Ayer visteis los flamencos; es menester que veáis hoy la gitana.

—La gitana!—exclamó Mahiette, retrocediendo involuntariamente, y apretando con fuerza el brazo de su hijo:—Dios me libre! me robaría mi niño! Vamos Eustaquio!

Y echó á correr sobre el muelle hacia la Gréve, hasta que dejó el puente bastante detrás de sí. Pero el muchacho de quien iba tirando cayó sobre sus rodillas, por lo que tuvo que detenerse su madre; y entonces Oudarde y Gervasia se reunieron á ella.

—La gitana os robaría vuestro hijo!—dijo Gervasia. —Vaya un capricho singular!...

Mahiette la miraba con aire pensativo.

—Lo más singular,—observó Oudarde,—es que la reclusa tiene la misma idea de las gitanas.

—Quién es la reclusa?—dijo Mahiette.

—Toma!—dijo Oudarde,—la hermana Gudula.

—Quién es,—repuso Mahiette,—la hermana Gudula?

—Con que no lo sabéis!—respondió Oudarde:—ya se ve, como que venís de Reims... Es la reclusa del Trouaux-Rats.

—Cómo!—respondió Mahiette,—esa pobre mujer á quien llevamos esta torta!

Hizo Oudarde con la cabeza una señal afirmativa.

—Precisamente; ahora mismo vais á verla en su covacha que da sobre la Gréve, y tiene la misma opinión de esos vagamundos de Egipto que bailan y dicen la buenaventura: nadie sabe por qué mira con ese horror á los gitanos. Pero vos, Mahiette, por qué echáis á correr así sólo de verlos?

—Oh!—dijo Mahiette, cogiendo entre sus manos la cabeza redonda de su hijo,—porque no quiero que me suceda lo que la sucedió á Paquita la Chantefleuri.

—Ah! nos vais á contar esa historia, querida Mahiette,—dijo Gervasia cogiéndola de bracero.

—Con gusto,—respondió Mahiette;—pero es menester ser muy de París para no saber eso! Habéis de saber, pero no es preciso pararnos para contarlo, que Paquita la Chantefleuri era una hermosa muchacha de diez y ocho años cuando yo lo era también, es decir, hace diez y ocho años, y que ella se tiene la culpa si no es hoy como yo una buena matrona de treinta y seis años, con un marido y un hijo. Por lo demás, desde la edad de catorce años, ya no era tiempo! Era pues la Paquita hija de Guybertaut, barquero de Reims, el mismo que se presentó delante de Carlos VII cuando su consagración, cuando bajó nuestro río de Vesle desde Sillery hasta Muison, por más señas que la señora doncella iba en el barco. Murió el anciano padre cuando Paquita era todavía muy niña, y ya no le quedaba

más que su madre, hermana del señor Mateo Pradón, azofarero y calderero en París, calle Parin-Garlin, el cual murió el año pasado. Ya veis que era de buena familia. La madre era una buena mujer, por desgracia, y no enseñó cosa alguna á Paquita más que algo de bordar y de hacer chucherías; lo que no impidió que la muchacha creciese y se fuese quedando muy pobre. Vivían las dos en Reims, á lo largo del río, calle de *Folle-Peine*. Notad esto, que tengo para mí que fué lo que hizo á Paquita desgraciada.—En 61, año de la consagración de nuestro rey Luis XI, que Dios guarde, Paquita era tan linda y tan alegre, que nadie la llamaba más que la Chantefleuri. Pobre muchacha! Tenía bonitos dientes, y gustaba de reirse para enseñarlos, y es sabido que muchacha que ríe está muy expuesta á llorar; los buenos dientes echan á perder los buenos ojos. Llamábanla pues la Chantefleuri: ella y su madre ganaban su vida á duras penas, como que vinieron muy á menos desde la muerte del trovador; su comercio no las producía más de seis dineros por semana.—Qué se hizo el tiempo en que el buen Guybertaut ganaba doce sueldos parisíes en una sola consagración con una trova?—Un invierno, el mismo año de 61, en que las dos mujeres no tenían ni leña ni fuego, y en que hacía mucho frío, tenía tan buenos colores la Chantefleuri que los hombres la llamaban: Paquita! Paquita! y que la pobre se perdió.—Eustaquio! cuidado como te vea yo morder la torta!—Al instante conocimos todos que estaba perdida cuando la vimos un domingo ir á misa con una cruz de oro en el pecho. A los catorce años! para que se vea! Su primer novio fué el joven vizconde de Cormontreuil que tiene su palacio á tres cuartos de legua de Reims; luego el caballero Enrique de Triancourt, caballerizo del rey: luego, menos que eso, Chiart de Beaulion, sargento de armas; luego, siempre bajando, Guery Aubergeon,

trinchante del rey; luego Macé de Frepus, barbero del señor Delfín; luego Thevenin-le-Moine, cocinero del rey; luego, bajando así de menos joven á menos noble, cayó en manos de Guillermo Racine, juglar, y de Thierry de Mer, farolero. Entonces, pobre Chantefleuri! fué de todo el mundo; la pobrecilla había llegado al último ochavo de su moneda de oro. Qué más os diré? En la consagración, en el mismo año 61, ella fué quien hizo la cama al rey de los bellacos. En el mismo año!!...

Suspiró Mahiette y enjugó una lágrima que brillaba en sus ojos.

—Pues, dígoos que no hallo nada de extraordinario en esa historia;—dijo Gervasia,—y no veo hasta ahora en todo eso gitanos ni chiquillos.

—Paciencia!—repuso Mahiette;—ahora vais á ver un chiquillo. En 66, en este mes hará dieciséis años por San Pablo, Paquita dió á luz una niña. Pobrecilla! tuvo una alegría increíble porque hacía mucho tiempo que deseaba un hijo. Su madre, pobre vieja que nunca había sabido más que cerrar los ojos, había muerto, y Paquita no tenía ya en este mundo nadie á quien amar, nadie que la amara. Desde que tuvo el primer desliz, hacía ya cinco años, era una pobre criatura la Chantefleuri: estaba sola en esta vida, señalada con el dedo por las calles, azuzada cuando salía, zurrada por los soldados, escarnecida por los pillos desarrapados. Y luego, tenía ya veinte años; y veinte años es la vejez para las mujeres de mala vida. La prostitución empezó á producirla tan poco como su antiguo comercio; cada arruga que venía la quitaba un escudo; de modo que el invierno era terrible para ella con poca leña en su hogar, con poco pan en su alacena. Y no podía trabajar, porque haciéndose voluptuosa, se había hecho holgazana y sufría mucho más porque haciéndose holgazana, se había hecho voluptuosa. Así es á lo menos,

como explica el cura de S. Remy, porque esas mujeres tienen más frío y más hambre cuando son viejas.

—Así es,—observó Gervasia;—pero y las gitanas?

—Calla, Gervasia!—dijo Oudarde, cuya atención era menos impaciente.—Qué quedaría para el fin si se dijera todo al principio? Adelante, Mahiette. Pobre Chantefleuri!

Mahiette prosiguió:

—Estaba, pues, como digo, muy triste, muy miserable, y las lágrimas surcaban sus mejillas. Pero en su miseria, en su locura y en su abandono, la parecía que sería menos miserable, menos loca y menos abandonada si hubiera algo en el mundo que ella pudiera amar ó que pudiera amarla á ella; y era preciso que este objeto fuera un niño, porque sólo un niño podía ser bastante inocente para eso. Ella lo conoció después de haber probado á amar á un ladrón, el único hombre que pudiera hacerla caso; pero al cabo de algún tiempo conoció que el ladrón la despreciaba. Esas mujeres necesitan un amante ó un niño para que las llene el corazón; si no, son muy desgraciadas. No pudiendo tener un amante, deseó un hijo, y como no había cesado de ser buena cristiana, se lo pidió continuamente á Dios: Dios tuvo compasión de ella y la dió una niña. No os hablaré de su alegría; fué aquella una furia de lágrimas, de caricias y de besos. Ella misma criaba á su niña, la hacía mantillas con su manta, la única que tenía en su cama, y ya no sintió ni hambre ni frío. Tanto, que volvió á ponerse hermosa: vieja soltera es madre joven. Volvió á empezar el tráfico; los hombres volvieron á la Chantefleuri, ella encontró chalanes para su mercancía, y de todos aquellos horrores hizo ropitas, capillos y baberos, almillitas de encaje y gorritos de raso, sin pensar siquiera en comprarse otra manta.—Eustaquio, ya te he dicho que no tienes que comerte la torta,—Es seguro que la Inesita,—este era

el nombre de la criatura; su nombre y nada más, pues por lo que hace al apellido, ya hacía tiempo que la Chantefleuri no le tenía.—Es seguro que aquella niña estaba más fajada con cintas y encajes que una delfina del Delfinado! Tenía entre otros un par de zapatitos! que no ha tenido otros tales el rey Luis XI seguramente! Su madre se los había cosido y bordado y había empleado para ellos todos los primores de su habilidad, y tantas lentejuelas como para una falda de la Santa Virgen. Seguro que nadie vió dos zapatitos de color de rosa más cucos! Eran largos á todo lo más como mi dedo gordo, y era preciso ver salir de ellos los piececitos de la niña para creer que habían podido entrar. Verdad es que aquellos piececitos eran tan pequeños, tan bonitos, tan rosados! más rosados que el raso de los zapatos! Cuando tengáis hijos, Oudarde, veréis que no hay nada tan bonito como esos piececitos y esas manecitas.

—Yo por mí, buenas ganas tengo,—dijo Oudarde suspirando;—pero espero que lo tenga á bien el señor Andrés Musnier.

—Pero,—prosiguió Mahiette,—no eran sólo los pies lo que tenía bonito la hija de Paquita. Yo la ví cuando no tenía más que cuatro meses y era un ángel! Tenía los ojos más grandes que la boca y un pelito negro tan finito y que se rizaba ya! Hubiera sido á los diez y seis una morenita de mi flor! Su madre estaba cada día más loca con ella; la acariciaba, la besaba, la hacía cosquillas, la lavaba, la engalanaba, se la comía! Perdía el juicio con ella y no se cansaba de dar gracias á Dios. Sus piececillos rosados sobre todo, eran para ella un entusiasmo sin fin, un delirio de alegría; siempre tenía los labios pegados á ellos, y no podía comprender que fueran tan chiquititos. Los ponía en los zapatitos, los sacaba, los admiraba, se extasiaba con ellos, los miraba al trasluz, se enternecía de verlos andar sobre la

cama, y de buena gana hubiera pasado su vida de rodillas, calzando y descalzando aquellos pies como los de un Niño Jesús.

—El cuento es bonito,—dijo á media voz Gervasia; —pero en todo eso dónde están los gitanos?

—Ahora lo veréis,—replicó Mahiette.—Llegaron un día á Reims una especie de caballeros muy particulares; todos ellos mendigos y tunos que recorrían el país, conducidos por sus duques y por sus condes. Eran sumamente morenos, tenían el pelo ensortijado y llevaban anillos en las orejas: las mujeres eran todavía más feas que los hombres: tenían la cara más negra que ellos y siempre descubierta, sin más ropa que un miserable zagalejo sobre el cuerpo, una manta de cuerda sobre los hombros, y el pelo tendido como cola de caballo: los chiquillos, que iban á rastra, hubieran metido miedo á un mico: era una partida de excomulgados. Todo aquello venía en línea recta del Bajo-Egipto á Reims por Polonia; el papa los había confesado, según decía la gente, y les había impuesto la penitencia de ir siete años seguidos recorriendo mundo sin dormir en cama; por eso se llamaban penitenciarios, y apestaban. Es seguro que antes habían sido sarracenos, por lo cual creían en Júpiter, y reclamaban diez libras tornesas de todos los arzobispos, obispos y abades de báculo y mitra, pues tenían para ello una bula del papa. Venían á Reims á decir la buenaventura en nombre del rey de Argel y del emperador de Alemania; bien conoceréis que no fué necesario más para que se les prohibiese entrar en la ciudad. Entonces toda la cuadrilla se acampó sin resistencia junto á la puerta de Braine, sobre aquel cerro donde hay un molino al lado de los agujeros de las antiguas canteras. Todo Reims fué á verlos, miraban las manos á la gente y decían profecías maravillosas; era gente para anunciar á Judas que sería papa. Corrían sin embargo tristes rumores sobre ellos, de niños robados, de otros latrocinios, y de carne humana comida. Los prudentes decían á los que no lo eran: «No vayáis», y luego iban ellos de escondite. Era aquello un arrebato; verdad es que decían cosas que hubieran asombrado á un cardenal. Las madres estaban todas huecas con sus hijos desde que las gitanas les habían leído en la mano toda especie de milagros escritos en pagano ó en turco; una tenía un emperador, otra un papa, aquella un capitán. La pobre Chantefleuri tuvo también su poquito de curiosidad; quiso saber lo que tenía, y si su preciosa Inesita sería acaso algún día emperatriz de Armenia ó de otra cosa Llevóla, pues, adonde estaban los gitanos, y fué mucho lo que la admiraron las gitanas, y la acariciaron, y la besaron con sus bocas negras, y lo que se extasiaron al ver su manita; todo con grande alegría de la pobre madre. Lo que más elogiaron sobre todo fué los piececitos y los zapatitos de raso: la niña no tenía un año todavía, y ya empezaba á hablar, y reía á su madre como una loquilla; y estaba tan gordita y tan redonda, y hacía mil monadas como los ángeles del cielo. Los gitanos la asustaron mucho y lloró; pero la madre la dió muchos besos, y se fué hechizada de la buenaventura que las profetisas habían dicho á su Inesita; la niña debía ser una hermosura, un ángel, una reina. Volvió pues á su zaquizamí de la calle Folle-Peine, toda orgullosa de llevar una reina. Al día siguiente aprovechó un momento en que la niña dormía en su cama (porque siempre la acostaba consigo), dejó la puerta entreabierta con mucho tiento, y fué á contar á una vecina de la calle de la Sechesserie, que había de llegar un día en que su hija Inés sería servida á la mesa por el rey de Inglaterra y el archiduque de Etiopía, y otras mil sorpresas. Luego que volvió, no oyendo gritos al subir la escalera, dijo para sí:—Bueno! todavía está durmiendo; pero halló la puerta más abier-